

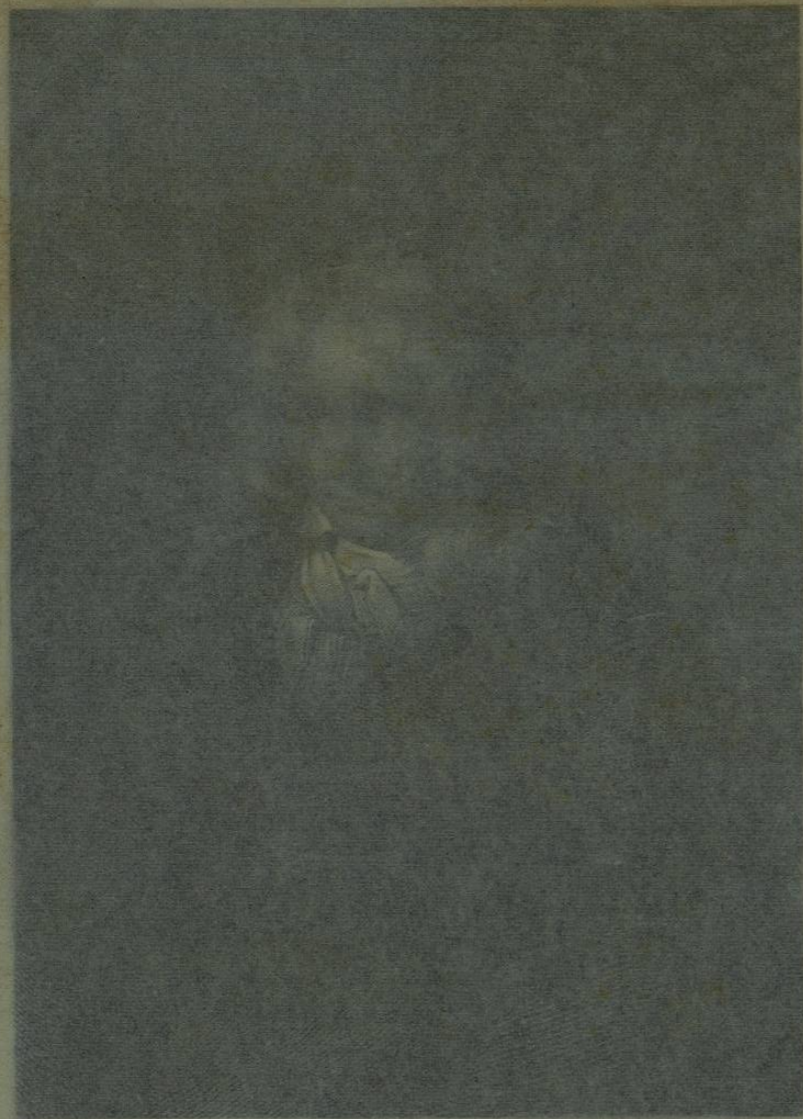


BERNARDIN DE S^T PIERRE.

Garnier frères, Éditeurs.

BERNARDINO DE SAINT-PIERRE

que se tiene de la naturaleza física exterior y del
de la creación, pertenece indudablemente á cierta orga-
particular y á una sensibilidad individual; pero también
mucho de la manera general de ver la naturaleza, la crea-
misma, según se la considere como creación ó como forma
de un fondo eterno; según se aprecie su condición con res-
al bien y al mal, flama de luz ó para el hombre ó animada de
benéfico. Si está en las manos de una Presidencia rigi-
que el espíritu puede levantar ó si
de volver.
el sentimiento vivo
y aboga el
este católicismo
de la
y la
que no cree en la
y que sólo ve un magnífico
por el sol; cierto católicismo confiado que concede
el bien desde la Redención, el católicismo de los San-
San Francisco de Asís, de los San Francisco de Sa-
; un protestantismo y un luteranismo moderados
con exceso las ideas de sustitución entre el
que en cierto grado favorece el sen-
que inspira la naturaleza; á las cua-
Como las pinturas que se han dado



BERNARDIN DE S^T PIERRE.

Escultura. Museo Filippino.

BERNARDINO DE SAINT-PIERRE

El sentimiento que se tiene de la naturaleza física exterior y del espectáculo de la creación, pertenece indudablemente á cierta organización particular y á una sensibilidad individual; pero tambien depende mucho de la manera general de ver la naturaleza, la creación misma, segun se la considere como creación ó como forma variable de un fondo eterno; segun se aprecie su condicion con respecto al bien y al mal, llena de lazos para el hombre ó animada de atractivos benéficos; si está en las manos de una Providencia vigilante, si es un velo transparente que el espíritu puede levantar, ó si es abismo infinito del que hemos salido y al cual hemos de volver. Hay doctrinas filosóficas y religiosas que favorecen el sentimiento vivo que se tiene de la naturaleza; las hay que comprimen y ahogan el mismo sentimiento. El estoicismo, el calvinismo, cierto catolicismo jansenista, son contrarios, son mortales para el sentimiento de la naturaleza; el epicurismo, que no quiere más que las superficies y la flor; el panteísmo, que adora el fondo; el deísmo, que no cree en la caída ni en la corrupcion de la materia y que sólo ve un magnífico teatro alumbrado por el sol; cierto catolicismo confiado que concede gran parte al bien desde la Redencion, el catolicismo de los San Basilio, de los San Francisco de Asis, de los San Francisco de Sales, de los Fenelon; un protestantismo y un luteranismo moderados á los que no preocupan con exceso las ideas de maldicion sobre el mundo; tales son las doctrinas que en cierto grado favorecen al sentimiento profundo y amable que inspira la naturaleza y á los cuadros que de ella puedan hacerse. Como las pinturas que se han dado

de este género de bellezas naturales han empezado en nuestra literatura; como ántes de Juan Jacobo Rousseau, Buffon y Bernardino de Saint-Pierre no se encuentran más que algunas chispas, algunos rasgos dispersos sin enlace, debemos suponer que ha influido la corriente general de las ideas y de las creencias. En nuestros antiguos poetas, romanceros y trovadores, es siempre vivo, fresco, abundante y muy bien expresado el sentimiento de la primavera, de la *renovacion*. No hay caballero ni doncella que al atravesar un bosque no oiga cantar los pájaros, no vea brillar la verdura con las gracias todas del risueño mayo. Lanzarote, segun los trovadores de su tiempo, llevaba siempre en la cabeza, lo mismo en invierno que en verano, un rosario de rosas, ménos los viérnes y las vigiliass de las fiestas mayores. Los que tratan de asuntos más religiosos, de los milagros de la Virgen en particular, multiplican las imágenes graciosas y odoríficas. Se ha observado que el culto de la Virgen en la edad média, ha hecho en cierto modo más florido y tierno el catolicismo. Aquel catolicismo florido que tuvo entre nosotros en la edad média un intérprete notable en Gauthier de Coinsi, llegó á su máximo florecimiento en el gran poeta Calderon. Calderon tiene de la naturaleza un sentimiento místico, pero mágico y embriagador; en él se verificó la lucha maravillosa, la justa de las rosas del jardín con la espuma de las olas.

Pero un cuadro general, pintura y vista en conjunto, no se los pidamos á nuestros buenos abuelos. Tienen interminables cantos de bienvenida á la renovacion y rasgos, acá y allá, de observacion ingenua. Veian la naturaleza y tomaban de ella sus imágenes. Nos dirán de una capa que *es más blanca que la nieve*, y de una castellana que *tiene la garganta blanca como flor de lirio*. Pero estos son rasgos y no cuadros.

Los jesuítas, no teniendo las mismas razones dogmáticas que los jansenistas para prohibirse el espectáculo de la creacion, dieron muy pronto en lo descriptivo, si no en lo pintoresco. El P. Lemoyne en sus epístolas, Rapin, Vanniére y otros en sus poesías latinas, han llenado con talento y alguna vez con gusto el espacio que separa á Du Bartas de Delille. Pero nada directo se declaró en verdadera pintura, ántes de Juan Jacobo. Los grandes efectos del cielo, los vastos

paisajes, la majestad de la naturaleza alpina, los jardines frondosos, él encontró colores, frases para expresarlos más luminosamente, haciendo circular por ellos rayos vivificadores. Buffon tuvo tambien sus grandes cuadros, más tranquilos, más frios al primer golpe de vista, pero participando igualmente de la vida profunda y de la majestad del objeto. Bernardino de Saint-Pierre, viniendo despues de estos dos grandes pintores, supo ser nuevo y distinto de los dos. Introdujo especialmente la naturaleza tropical, como Rousseau habia introducido la naturaleza de los Alpes; esta novedad brillante le sirvió desde luégo á Bernardino para llamar la atencion atrayendo todas las miradas. Pero tambien habia novedad en su pincel y en su estilo; mezclaba fácilmente á los cuadros que ofrecia de objetos naturales, el encanto de los más vivos y deliciosos reflejos; tenia lo patético, la uncion en lo pintoresco, la magia.

Bernardino de Saint-Pierre llegó á París definitivamente en 1771, despues de una juventud aventurera y errante, cuando ya tenia treinta y cuatro años. Su biógrafo, M. Aimé Martin, y una parte de su correspondencia publicada en 1826, han dado los pormenores apetecibles sobre sus años de prueba; los orígenes de Bernardino de Saint-Pierre han sido mejor esclarecidos que los de cualquiera otro escritor de talento. Nacido en el Havre en 1737, su imaginacion de niño se espació en el mar. Á los ocho años cultivaba un jardincito y cuidaba de las flores, como convenia al autor futuro del *Fresal*. Habiendo leído á la edad de nueve años algunos volúmenes de los Padres del desierto, dejó su casa una mañana, llevándose una cestita con su almuerzo, para hacerse ermitaño en los contornos. Demostraba una simpatía casi fraternal á todos los animales. Hay cierta historia de un gato, que referida más adelante por el mismo Bernardino á Juan Jacobo, arrancó lágrimas al que, siguiendo á Pitágoras, se indignaba de que los hombres se comieran á los animales. Otro día amenazó con el puño á un carretero que maltrataba á un caballo. Estos instintos son en verdad los del amigo de la naturaleza que realizará entre nosotros alguna imagen de un buen indio, del escritor sensible que nos trasmitirá el elogio de su perro favorito, que en *Pablo y Virginia* alabará sus comidas de leche y huevos que *no cuestan la vida á ningun animal*, y que celebrará

con tanta efusion la beneficencia de Virginia plantando las semillas del papayo para los pájaros. Todo corazon (nótese bien) que se conmueve ante la naturaleza y dispuesto á pintarla con ternura, por mucha discrecion que ponga en ello es exagerado en este punto.

Llevado á Ruan por su padre, le hicieron mirar á las torres de la catedral: « ¡ Cómo vuelan ! » exclamó, y todos los presentes se echaron á reir. Él no habia visto más que las golondrinas que teniendo sus nidos en las torres volaban en torno de ellas. Nueva declaracion de los instintos de un alma que sólo se ha de extasiar en la contemplacion de la naturaleza, que apénas ha de sentir las bellezas del arte de los hombres y que en *Pablo y Virginia* (tal vez único lunar en esta obra maestra), irá hasta declamar en cuatro lugares próximos contra los monumentos de los reyes opuestos á los de la naturaleza.

Despues de los estudios no seguidos ni atentos que interrumpió un viaje á la Martinica con uno de sus tios, Bernardino que habia adelantado mucho en matemáticas se hizo una especie de ingeniero sin título regular. En esta calidad algo dudosa tomó parte en la campaña de Hesse en 1760, pasó á Malta, de allí á Rusia y por último á la Isla de Francia. Pero su papel de ingeniero no fué para él más que un pretexto. Una idea fija le ocupaba y le apasionaba en aquella vida aventurera, en la que le producian mil contrariedades su carácter taciturno y su posicion mal definida. Aquella idea no era otra que la concebida siendo niño con la lectura de *Robinson*, *Telémaco* y relaciones de viajes: la de tener en alguna parte, en cualquier rincon del mundo, su isla, su Itaca, su Salento, donde él afirmaria por medio de leyes sábias la dicha de los hombres. En esta utopia benévola ponía Bernardino tanta perseverancia como tuvo su célebre homónimo el abate Saint-Pierre, á quien se ha llamado el más torpe de los buenos ciudadanos. Bernardino, que debia ser un predicador tan agradable como el otro era extravagante apóstol, proyectó su arreglo de una sociedad imaginaria en marco digno de Fenelon, de Xenofonte y de Platon. Montesquieu, Bodin y Aristóteles no éran sus maestros; por su manera de concebir y ordenar la sociedad, como por su método de estudio é interpretacion de la naturaleza, ascendia rápidamente por una especie de atraccion filial en la escala de las almas, hasta la sabiduría de Numa y de Pitágoras. La historia de las revoluciones

civiles y políticas, el establecimiento laborioso y complicado de las sociedades modernas, se reducian par él á poca cosa. Plutarco era la base, el fondo principal de sus conocimientos históricos. Entre los antiguos que he citado y los modernos entónces más recientes, entre Aristides y Epaminondas por una parte, Fenelon y Juan Jacobo por otra, áun colocaba él á Belisario; el resto de los siglos intermedios no existia para él sino como una agitacion inútil é insensata. En el origen de cada sociedad, en Galia como en Arcadia, soñaba uno de aquellos ancianos de la escuela de Sofrónimo ó de Mentor; hacia descender de aquel permanente oráculo toda la sabiduría y todas las reformas hasta en los detalles de la vida actual. En todas partes, durante sus viajes, su objeto oculto y su secreto querido era encontrar algun rincon de tierra y unos cuantos hombres para fundar su reino bienaventurado. Como Colon iba de corte en corte mendigando con qué descubrir su mundo, Saint-Pierre mendigaba con qué realizar su Atlántida y su Arcadia.

Pero las Arcadias, las islas Afortunadas no existen más que en las nubes de la esperanza ó del recuerdo. Huyen, retroceden cuando se las busca; áun tratándose únicamente de las hermosuras naturales de lugares demasiado célebres, no es conveniente querer comprobar la imágen muy de cerca: la soñada Arcadia podria erizarse de matorrales incultos (1).

Bernardino, que además de buscar los lugares soñados y embellecidos de antemano queria encontrartambien hombres buenos y felices, rodó naturalmente de uno en otro desencanto. Su carácter se resintió, agriándose para siempre de una manera incurable aquella imaginacion tan tierna por efecto de su misma encantadora sensibilidad. Así, pues, Bernardino, aquel escritor amante, benéfico iniciador de todas las almas jóvenes en la inteligencia de la naturaleza. aquel padre de Virginia y de Pablo, bendito por los niños de várias generaciones, ¿ era un hombre duro, quisquilloso, como lo han dicho no los libelistas solamente, sino testigos serios y honrados; como lo decia, por ejemplo, Andrieux forzando su débil voz: « ¡ Era un hombre duro, malo ! »

(1) Conviene leer la epistola ingeniosa de Guilleragues á Racine sobre su desencanto á la vista de aquella Grecia tan diferente de como la imaginaban en tiempo de Luis XIV.

¿Habria, en efecto, contraido en el curso de una vida dependiente y pobre la costumbre poco digna de solicitar? ¿Habria concebido en sus querellas con los sabios, y á pretexto de defender á Dios contra los ateos, violentos odios que le exaltaban en toda circunstancia? ¿Sería, como se ha dicho, de un carácter muy inferior á su ingenio? Triste es pensarlo; tal desacuerdo entre el carácter y el talento, entre la vida práctica y las obras, se concibe despues de todo en los hombres de genio, más ó ménos irónicos ó egoístas; pero no se admite fácilmente en aquel cuyo talento tiene por inspiracion y por divisa el amor á los hombres, la misericordia con los desgraciados, las virtudes del corazon y la familia. M. Hugo, en su bella obra titulada *la cloche*, ha dado una explicacion poética de estos desacuerdos, explicacion que se extiende á muchos casos, pero que no satisface en el de Bernardino de Saint-Pierre cuyo talento tiene otros efectos que los de un timbre sonoro. El talento, bien lo sé, es en su origen una especie de predestinacion no merecida, una *gracia*, en una palabra, en todo el rigor del sentido agustino y jansenista, independientemente de la voluntad y de las obras ordinarias de la vida. Es uno de esos misterios que demuestran cómo la simple observacion psicológica encuentra en otros términos los mismos problemas que la teología.

Particularicemos el misterio.

Bernardino de Saint-Pierre, ya retirado del mundo despues de una vida errante y de tantas contrariedades y desilusiones, escribiendo en lo alto de su pobre alojamiento de la calle Nueva de San Estéban del Monte, bajo los mismos techos santificados ántes por Rollin, las bellas páginas de sus *estudios* que moja con su llanto, es bueno y no miente de seguro á los demas ni á sí mismo. Las susceptibilidades y las manchas se ahogan en un cuarto de hora de aquellas lágrimas que, como la oracion, bañan, purifican, bautizan de nuevo un alma. Está solo; su perro está echado á sus piés; su vista se extiende hácia un horizonte inmenso, más allá de las brumas de la tarde, hasta la colina que muy pronto será la de las tumbas (1); no ha podido salir en todo el día ni en toda la semana, por no tener dinero para tomar un coche, ni ha recibido carta de su protector M Hennin ¿Qué importa?

(1) El Père Lachaise.

Tiene su pluma, la gracia del cielo baja, la magia empieza. Su talento se eleva, y es como una luna que todo lo idealiza, hasta las tierras baldías y los montes pelados y los informes arrabales de las poblaciones. Dentro y fuera de él una capa de luz envuelve todas las cosas.

Pero necesito para Bernardino de una explicacion, de una apología más personal, pues su ejemplo es el que más se cita, el que se invoca á menudo de ese desacuerdo que yo quiero aminorar ya que no rechazar en absoluto. Debe tenerse en cuenta á las naturalezas más sensibles la mayor sensacion que les producen las picaduras y los rozamientos. Para las pieles más finas es más irritante la atmósfera exterior. Cuando no interviene la religion práctica y precisa trocándolo todo en prueba y en motivo de bendicion, hay verdadero peligro de que la mayor ternura sea justamente la que más se agríe. Racine, que erasin esforzarse tan cáustico como tierno, quizá no se libertó de este mal de acritud sino por la verdadera devocion. Imagínese, en efecto, lo que será en sus relaciones con el mundo, una sensibilidad muy fina, muy exquisita, que penetra con facilidad en los motivos ocultos, en los móviles secretos, en las raíces malas de las acciones, descubriendo el pensamiento bajo la expresion, la falsedad á traves de la sonrisa.... : « Una sola espina me hace más daño que placer me causa la aroma de cien rosas..... La mejor compañía me parece mala si en ella encuentro un importante, un envidioso, un maldiciente, un malvado, un pérfido..... (1). » Imagínese también lo que será un talento, una superioridad como la de Bernardino de Saint-Pierre, que en más de cuarenta años no se pueden demostrar á sí mismo ni á los otros; ¿Qué de tropezones con la muchedumbre, hundiéndose dolorosamente ese talento ignorado que se tiene sin querer! ¿Qué rudo cilicio un talento semejante cuando todavía está vuelto hácia dentro! ¿Y qué difícil no dar un salto á cada choque de sus entrantes puntas!

Bernardino de Saint-Pierre era bueno, me complazco en creerlo así; pero con la enfadosa experiencia de los hombres se fué haciendo irritable, desconfiado y susceptible. Con las gentes sencillas, sin vanidad, sin pretensiones de importancia, como Mustel, como el

(1) Preámbulo de *la Arcadia*.

ginebrino Duval, Taubenheim y Ducis, era tal como lo muestran sus obras, tal como lo vemos en sus paseos al monte Valeriano en compañía de Rousseau, tal como le quería su vieja criada Maria Talbot; pero bastaba un vientecillo del mundo para despertar sus humores y sus asperezas.

Cuando Bernardino llegó á París en 1771, procedente de la isla de Francia, no estaba tan ulcerado aún; pero las contrariedades que sufrió en la sociedad parisiense terminaron muy pronto lo que habian empezado anteriores infortunios. M. de Breteuil le dirigió á d'Alembert, quien le recibió muy bien y lo introdujo en el círculo de la señorita Lespinasse: no podia caer peor en cuanto á lo pintoresco. Esta persona distinguida ha dejado dos volúmenes de cartas apasionadas, en las cuales hay á la vez calor y análisis, pero ni una escena pintada, ni un cuadro que se retenga. Visitaba de tiempo en tiempo á Juan Jacabo Rousseau. El crédito de Alembert le proporcionó un librero para la relacion de su viaje á la isla de Francia. Esta relacion en forma epistolar vió la luz en 1773, sin que él diera su nombre; tuvo éxito y lo merecia. Aunque el autor se excusa de haber casi olvidado su lengua en diez años de ausencia y continuos viajes, el estilo está formado y se encuentra allí más de un gracioso bosquejo de lo que más tarde fué verdadero cuadro. Bernardino en sus viajes habia escrito mucho, ya componiendo memorias para las oficinas, ya redactando diarios para sí; artes, moral, geografía, en todo se habia ocupado. Sus cartas particulares eran esmeradas; escribiendo á M. Hennin citaba á Eurípides; Rulhière le decia en una respuesta: «Vuestra carta, mi querido amigo, es una verdadera égloga.» Bernardino habia hecho como los pintores, que durante sus excursiones toman apuntes y guardan en cartera muchas acuarelas, muchos bosquejos y esbozos. El *Viaje á la isla de Francia* es ya la obra de un escritor formado y en algunos pasajes elocuente. En la primera página se lee esta frase que revela todo el carácter del pintor: «Un paisaje es el fondo del cuadro de la vida humana.» La epístola cuarta, escrita en el momento de la partida, me parece en medio de su discreta sensibilidad toda empapada en lágrimas: «¡A Dios, amigos más queridos que los indios tesoros!... ¡A Dios, selvas del Norte que no volveré á ver...! ¡Tierna amistad; sentimiento más caro todavía que la sobrepu-

jáis; tiempo de embriaguez y de felicidad que te has disipado como un sueño... á Dios... á Dios...!... No se vive más que un día y se muere por una eternidad.» Esto, como se ve, es un recuerdo de aquellos meses felices pasados en Polonia, un postrer suspiro á la princesa María. Aquella pasión, que el biógrafo de Bernardino de Saint-Pierre ha relatado complacientemente, es para mí el ideal de los amores románticos y novelescos tal como yo me los figuro: ¡ser gran poeta y sentirse amado ántes de la gloria! ¡exhalar las primicias de un alma genio creyendo no ser más que un amante! ¡revelarse por primera vez en la sombra del misterio!

Otras páginas del *Viaje* descubren igualmente, en su primera sinceridad, el talento sentido del escritor novel, como aquellas en que se reprocha cual una falta esencial no haber puesto en su diario los nombres de los marineros caidos á la mar. Entre los esbozos, ya nuevos y vivos, que despues se desarrollarán en verdadero cuadro, recomiendo una puesta de sol (1), cuyos efectos é intenciones se vuelven á encontrar en los *Estudios* (capítulo de los colores), pero más extensos y diversificados; hay la misma diferencia que entre un ligero pastel improvisado y una pintura más esmerada y fina. Muchas páginas de *Pablo y Virginia* no son otra cosa que la ampliacion poética y más rica de color de que dió en el *Viaje* el primer rasgo desnudo. Para no citar más de un ejemplo, aquella peregrinacion de Virginia y de su hermano hasta el Arroyo Negro es la misma de Bernardino y su negro en el libro del *Viaje*, con esta diferencia: cuando al regreso fué preciso vadear el arroyo, el negro pasó en hombros á su amo; en la novela es Pablo el que pasa en hombros á Virginia. La imaginacion lo trasfigura, lo diviniza todo en el recuerdo.

En diferentes puntos de su obra (el *Viaje*) vemos al viajero muy poco entusiasmado con aquella naturaleza que despues, á favor de la distancia, nos presenta embalsamada y magnífica. Lemontey, en su *Estudio sobre Pablo y Virginia*, observa que los mismos lugares representados ántes como una tierra de Cíclopes ennegrecida por el fuego, se convierten gracias á la pluma del novelista en los más hermosos del

(1) Páginas 47 y 48, tomo I, de la edicion de Aimé Martin.